

PRIMERA PARTE

Hechos y valores

1

Llegaron al caserón blanco de Inishfall. Al menos eso sí es cierto, pues así nos consta.

Cuando el último juicio por fin tocó a su fin, los padres de Richard Culhane hicieron las maletas y vendieron la casa de Dublín. Se mudaron indefinidamente a la casa que, azotada por el viento, poseían en Inishfall, una isla situada frente a la costa de Kerry donde los Culhane habían pasado sus vacaciones estivales durante los primeros doce años de la vida de Richard. Aunque no he estado nunca en Inishfall, sí he visto una fotografía de la casa que los Culhane tenían en la isla: apareció en dos o tres periódicos cuando ya la historia de lo sucedido había empezado a perder fuelle. Se trata de un deteriorado caserón blanco de dos plantas, aunque la pintura se ha vuelto prácticamente gris y está descascarillándose por momentos bajo el embate de la lluvia que azota el edificio desde el mar. La casa tiene todo el aspecto de estar rodeada por las ruinas de una inmensa propiedad. No creo que ésa sea una impresión errónea. Ha terminado convertida en el último refugio de una familia caída en desgracia.

Hace varios meses que no veo a los Culhane. Fue a la salida de los tribunales de Dublín, el día que se dio a conocer el veredicto definitivo y la familia intentaba marcharse. Durante dos o tres minutos —un instante congelado en el tiempo; hasta tal punto fue así que perfectamente podría haber sido doce veces más largo— los Culhane se quedaron aislados en los escalones que bajaban de

los juzgados a la calle, viendo cómo las cámaras de televisión y las filas de periodistas les cerraban el paso. Peter Culhane se quedó allí de pie con el brazo alrededor de la cintura de su esposa, estrechándola tan fuerte contra él que podría haber estado posando para una fotografía en clave de humor —«¿Os dais cuenta? ¡Es realmente aterrador hasta qué punto amo a mi esposa!», podría haber sido el pie de foto—, aunque no sonreía. Por fin, el alguacil se abrió paso a codazos entre la multitud y la familia, con Richard liderando el pequeño grupo con la cabeza cubierta con una chaqueta deportiva, logró llegar al coche.

Ésa fue la última vez que vi a los Culhane. Aun así, a menudo pienso en ellos y les imagino en el oeste, refugiados y a salvo en su blanco caserón de Inishfall. ¿Cómo serán sus días? ¿De qué hablarán? ¿Qué le dirá Richard a su madre cuando se tropiece con ella en la cocina a altas horas de la noche? ¿Hablarán acaso de la injusticia? ¿Del dinero y del poder? ¿O quizá de la muerte?

No hay forma de saberlo. Cada uno de nosotros debe hacer frente a sus suposiciones a solas. Jamás he oído hablar a nadie de la vida que deben de llevar los Culhane en Inishfall. Nos decimos que es más seguro dejarles en paz. Mejor dejar que sigan con sus vidas. Obviamente, lo que eso quiere decir en realidad es que somos nosotros los que queremos que nos dejen en paz, nosotros quienes deseamos seguir con nuestras vidas por muy desoladas y vacías que éstas puedan ser. Los Culhane y todo lo que les ha ocurrido nos ha ocupado ya demasiado. Nos ha atormentado hasta la saciedad, usurpadores como son de nuestro tiempo y de nuestro amor.

Me gustaría visitar Inishfall en breve, aunque no para hablar con los Culhane, sino simplemente para ver con mis propios ojos el blanco caserón, oír el mar y oler cómo se pudre el pescado en las trampas para cangrejos y en las pequeñas piscinas naturales abiertas en las rocas de la playa cercana. Creo que algo aprendería de ello. Quizás encontrara algunas respuestas a las preguntas que aún sigo haciéndome.

Lo que sabemos de los acontecimientos, incluso de aquellos que nos afectan más íntimamente, es parcial. Nos conformamos con lo que nos ofrecen las meras suposiciones. Y eso es precisamente lo que he tenido que hacer al estructurar este relato: conformarme con simples suposiciones.

Aunque es cierto que conocía más o menos bien a la mayoría de las personas implicadas en el incidente, también lo es que apenas conocía a Richard Culhane. Fuimos juntos a la universidad, pero las clases eran inmensas —había más de cuatrocientos alumnos en nuestro curso— y, hasta que tuvieron lugar los acontecimientos que ocupan esta historia, le conocía tan sólo por su reputación. A pesar de que él en raras ocasiones asistía a clase, se le veía a menudo practicando a solas al caer la tarde en los campos de deporte, corpulento y acalorado. En aquel entonces me parecía un tipo misterioso, casi tanto como ahora. Durante los juicios fue el único que mantuvo el silencio, siempre sentado con la espalda recta de cara a la pared que tenía delante, a tan sólo unos metros, e inmóvil. Jamás salió una disculpa de sus labios. Jamás se derrumbó ni confesó. La intuición me dice que una visita al caserón blanco me aclararía algo sobre su estoicismo y sobre la calma que demostró en todo momento durante la hecatombe que le rodeaba. Aunque puede ser también que no sirva de nada. Y es que es poco o nada lo que confío en la posibilidad de adquirir una sabiduría veraz. Cuando lo consulto, el mundo me devuelve tan sólo el duro cristal del espejo que soy yo mismo. Me pregunto si será así también para Richard y para sus padres, si también ellos son víctimas de la burla y del desprecio cuando le exigen un sentido al mundo; sí, como nosotros, ahora que todo ha terminado, siguen moviéndose a ciegas.

2

No puedo contar esta historia. Me gustaría que eso quedara claro desde un principio.

No, no estuve allí. No fui testigo presencial de lo ocurrido. Y lo digo a modo de disculpa. Tuve que reunir más adelante las distintas piezas de lo que aconteció a partir del testimonio de distintas fuentes disponibles, de los periódicos, la radio, la televisión y las revistas. Y también la gente me contó cosas, a menudo entre susurros, siempre en privado, a veces con una mirada de furtiva vergüenza y más a menudo presas de una sombra de lástima o de tristeza mal disimulada. Los profesores y los padres, las partes interesadas, los testigos y los amigos: en cuanto yo sacaba el tema y demostraba un evidente interés por lo ocurrido, todos parecían siempre dispuestos a hablar. En el silencio de un salón de la zona sur de la ciudad, cuando la tarde se desvanece ya para fundirse con los primeros albores de la noche, en ese paréntesis al que los populares padres de Stephen O'Brien llamaban la hora del cóctel (al tiempo que preparaban los *gin-tonics* para algunos amigos universitarios que estaban de visita), la gente se muestra a menudo más que dispuesta a compartir sus recuerdos de la noche en que todo ocurrió, o del momento en que se enteraron de lo ocurrido, o de sus pensamientos sobre cómo debió de ser la vida para las distintas familias durante el interminable y agotador período que se abrió para ellos tras lo acontecido. A menudo se miran las manos al hablar. En raras ocasiones me miran a los ojos.

Naturalmente, en algunos casos también hay cierta resistencia. Muchos de mis amigos y conocidos me dijeron que sus padres les habían prohibido hablar del caso. No hace mucho le pregunté a una conocida si ella, a su vez, conocía al chico que había muerto.

—No hablamos de eso —me respondió con expresión de alarma.

No insistí.

No, yo no estuve allí esa noche, pero podría haber estado. Podría haberle ocurrido a cualquiera, en cualquier momento, cualquier noche. Las noches en las calles de Dublín conservan cierto parecido, cierta previsibilidad. Siguen siempre una pauta cuyas coordenadas se mantienen con absoluta fidelidad. Copas en casa de alguien. Un *pub*. Un club. *Kebabs* o patatas fritas. Taxi a casa. Pero no deseo que veáis una contingencia en el suceso central de mi historia. Tampoco un hecho ocurrido al azar, ni tan siquiera un simple capricho del destino. Debéis recordar que lo sucedido fue hasta cierto punto inevitable. Habría ocurrido de todos modos, por mucho que hubieran variado los factores o por mucho que se hubieran hecho las cosas de un modo diferente.

O al menos eso es lo que creo.

A pesar de nuestro apego a la pauta mencionada, la violencia es siempre una posibilidad no formulada durante esas noches de salidas nocturnas. Cuando salimos a divertirnos a la ciudad, es mucho lo que ocultamos. Ocultamos espinillas y flequillos mal cortados, las marcas de bronceado que nos dejan las camisetas en la piel. Ocultamos ansiedades e inseguridades. Ocultamos también hechos: hechos sobre con quién nos gustaría acostarnos, sobre a quién desearíamos besar, a quién tememos y a quién despreciamos. Y ocultamos cosas aún más inquietantes: una quemadura de cigarrillo, autoinfligida; la cicatriz de una cuchilla de afeitar, también autoinfligida; un problema con la comida o con las drogas. Pero lo más secreto, lo que más nos empeñamos en ocultar, es la posibilidad de la muerte, la posibilidad de que alguno de noso-

tros vaya demasiado lejos y no regrese, o de que todos vayamos demasiado lejos, de que vayamos demasiado lejos porque eso es lo que todo el mundo hace, porque nos dé miedo decir «no», temamos contenernos, formular la sencilla pregunta: «¿Por qué?» Desde la muerte de Conor hay mucha gente que se pregunta «¿por qué?». A menudo me tropiezo con ella —con la angustiada interrogación— al leer esas revistas y periódicos. En cualquier caso, los móviles son cosas que aparecen después, son lo que leemos cuando ya todo es inevitable. Los móviles son un modo de encontrar un sentido cuando no existe sentido alguno, allí donde ni siquiera en su momento se buscó alguno.

Los sucesos de cierta magnitud se entrometen en nuestro futuro común. Sin embargo, algunos sucesos logran también alargar su sombra hacia el pasado y consiguen que sus contornos se perciban incluso años antes de que lleguen a ocurrir. La muerte de Conor Harris fue uno de esos sucesos. Diría que la sentimos llegar. Aunque mentiría si dijera que eso nos benefició de algún modo. Tampoco nos ayudó.

Está el hecho de la muerte de Conor. Y está también la galería de interpretaciones que explican por qué ocurrió. Hechos e interpretaciones: eso es lo que tengo. Todo lo que tengo.

En varios sentidos del todo cruciales, el caso sigue resultando turbio. Y, aunque daría lo que fuera porque las cosas hubieran ocurrido de un modo distinto, más claro, debo conformarme con los hechos tal y como han quedado registrados. La realidad no se readapta para satisfacer las expectativas del arte, y todo relato es, en esencia, un gesto retrospectivo. Así pues, llevaré los hechos hasta sus últimas consecuencias, a ver adónde me conducen.

He tenido miedo de contar esta historia, probablemente por lo que ésta revela sobre la naturaleza caníbal de mi generación, sobre el odio que nos profesamos y sobre el que cada uno de nosotros siente hacia sí mismo. He tenido miedo de contarla porque me resultaba demasiado oscura, demasiado carente de respuestas,

demasiado desordenadamente enigmática para poder contarla con sencillez. Aun así, creo que debo contarla, y creo que debo hacerlo ahora. Estoy demasiado solo en la fascinación que provoca en mí, vivo demasiado solitario en la fijación por los sucesos que acontecieron durante las horas de una noche sucedida hace ya tres años. Ahora que los juicios han tocado a su fin, ahora que los periódicos han dejado que la historia se enfríe, ahora que me he quedado solo con los cabos sueltos de todos estos hechos, incapaz de unirlos de un modo que me resulte satisfactorio, puedo intentar hablar de lo que ocurrió. Al parecer, ya no tengo elección.

Ésta es la historia sobre un único suceso y sus consecuencias, sobre lo que ocurrió anteriormente y sobre cuán distinto ha sido todo lo que ha ocurrido después.

Esto es lo peor que nos ha pasado jamás.

Es la única historia que podré contar.

3

Esto es lo que ocurrió.

La última noche del verano de 2004, a las tres y cuarto de la madrugada, un estudiante de veinte años murió víctima de las patadas y puñetazos recibidas durante una brutal paliza delante del Harry's Niteclub de Blackrock, en el condado de Dublín. Tres estudiantes fueron arrestados un mes más tarde, acusados de homicidio. Los cargos de homicidio no tardaron en desestimarse. Dos de los chicos fueron juzgados en un tribunal de Dublín, acusados de provocar desórdenes públicos. Fueron declarados culpables y pasaron cinco meses en la cárcel. El tercero de ellos, también declarado culpable de desórdenes públicos, pasó siete meses en prisión. El Estado intentó entonces juzgar al tercer muchacho por homicidio, pero debido a ciertas dificultades surgidas en relación con las pruebas del caso, el fiscal se vio obligado a declarar un *nolle prosequi* y el caso se cerró.

El nombre del estudiante que murió era Conor Harris. Yo le conocía.

Los nombres de los tres estudiantes que fueron a la cárcel, declarados culpables de la autoría de desórdenes públicos, eran Stephen O'Brien, Barry Fox y Richard Culhane.

Durante un breve período, Stephen O'Brien y yo asistimos al mismo colegio privado. Richard Culhane y Barry Fox estudiaron en otra escuela, también privada. Aun así, como suele ocurrir con las escuelas de Dublín, todos nos conocíamos.

Fuimos a la misma universidad. De ahí he extraído la información de primera mano de la que dispongo sobre esas personas y sobre su vida.

Había también una chica. Me referiré a ella en breve.

El forense (jubilado desde entonces) apuntó en su informe sobre el incidente la probabilidad de que, además de haber sufrido numerosos golpes en el rostro y en el cuello, Conor Harris recibiera tres patadas en la cabeza que posiblemente le causaron la muerte dos horas más tarde, en la sala de urgencias del hospital Saint Vincent's.

Retomaré a su debido tiempo el informe del forense.

Tres patadas. *Pam. Pam. Pam.* El bar ha cerrado ya, la gente sale a borbotones a la calle. Estalla una pelea en algún punto de la multitud, exactamente junto a la parada del autobús situada en la abarrotada calle principal. Aunque podemos tener la certeza de que esas tres patadas no son los únicos golpes que se dan, son los únicos que cuentan. Según el informe del forense —el controvertido informe del que tantas cosas dependerán—, la primera y la segunda patada podrían haber sido fatales en sí mismas. De ahí que algunos hayan considerado la tercera una especie de propina, lo que en Nueva Orleans se conoce como un *lagniappe*: un estímulo añadido, un golpe adicional que sumar a los que ya se han dado. Sin embargo, los menos preocupados por los hechos, o los menos proclives al perdón, mantienen que la tercera patada debió de ser el golpe fatal.

Fueron patadas de rugby: magníficos barridos semicirculares propinados desde la cadera, con el pie inclinado hacia fuera para elevar con él el balón y los brazos extendidos para mantener el equilibrio.

Pam. Pam. Pam. Una, dos, tres. Una pulcra progresión desde la herida a la pérdida de la conciencia, y de ahí a la muerte. Resulta difícil concebir que algo tan irrevocable ocurra tan deprisa. Cuesta imaginar que, con la primera patada, Conor Harris ya estu-

viera muerto. Son muchos los que prefieren imaginar que fue la tercera patada la que causó el verdadero daño.

Eso es porque fue Richard Culhane quien la propinó. Hasta ese momento, y según algunos de los informes facilitados por testigos presenciales, Culhane apenas se había involucrado en la pelea.

Mientras el Harry's Niteclub se vaciaba y los clientes salían a trompicones a la calle y agitaban los brazos para llamar a un taxi, Conor Harris encontró entre la muchedumbre a Richard Culhane. Era la última noche del verano, la vuelta al colegio y a la universidad era inminente y muchos habían regresado de sus estancias en el extranjero (Conor Harris había pasado el verano en San Diego y Richard Culhane en Ocean City), de modo que a buen seguro reinaba un ambiente de cansada y expectante festividad en el club y en la calle. La noche tocaba a su fin, los clientes habían ligado o se iban de vacío, las parejas se lo montaban en las entradas de las tiendas o follaban torpemente en los callejones o en las callejuelas. Se oía el nocturno fragor y el susurro del océano procedente del otro lado de las murallas de la estación del tren situada junto a la orilla.

Y Conor Harris encontró a Richard Culhane entre la multitud. Aunque ambos habían estado muy cerca durante toda la noche, hasta entonces no se habían visto. ¿Estaba Conor, llegados a ese punto, buscando a Richard Culhane? ¿Buscaba Richard a Conor? Es posible. Son muchas las posibilidades.

Richard rodeaba con el brazo a una chica. Ésa es la chica a la que no tardaré en referirme, la misma que llevaba una sudadera negra y con capucha, salpicada de estrellas plateadas. Sin duda Conor debió de reconocer la sudadera.

Conor debió de comentar a Richard algo sobre la chica. Luego los dos jóvenes empezaron a gritar.

Los amigos de Richard vieron lo que ocurría e intervinieron en la discusión. Entre Richard y Conor se cernieron las corpulentas

figuras de Barry Fox y de Stephen O'Brien. Era el final de la noche. Estaban todos borrachos.

No ha quedado claro quién dio el primer puñetazo. Richard negó siempre que fuera él. Puede incluso que fuera Conor, aunque lo cierto es que el puñetazo llegó y rápidamente el chico estaba en el suelo. Tan sólo un testigo manifestó haberle visto caer. Estaba rodeado de un grupo de entre seis y diez personas, y siguió recibiendo golpes mientras caía.

Aunque no todos le pegaban patadas. Más adelante, los testigos presenciales sólo pudieron identificar con absoluta certeza a tres de los atacantes que combinaron patadas y puñetazos durante la paliza.

Pam. Pam. Pam.

Dos horas más tarde, Conor Harris estaba muerto. Jamás recuperó el conocimiento. Al día siguiente alguien me dijo en la facultad que Conor se había despertado en la ambulancia el tiempo suficiente para pronunciar el nombre de la que había sido su chica, aunque quizá sea sólo un rumor, la suerte de leyenda romántica que emerge y se desvanece de inmediato tras un suceso terrible. No sé lo que pudo haber pensado Conor durante las dos horas en las que estuvo inconsciente, pero dudo mucho que pensara en Laura. A fin de cuentas, habían roto unos meses antes. Algo me dice que no se ha dado a ese dato la relevancia que merece.